

IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



CUENTOS DE TODAS PARTES

ORIGINALES
DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un
tomo en tela 5 pesetas

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados. — Un
tomo en tela 5 pesetas.



LA CONCIENCIA DEL MALVADO

Y

OTRAS NOVELAS

POR

ENRIQUE RUIZ MONTERO

Un tomo ricamente encuadernado en tela 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

EMILIO MARIO

El inesperado fallecimiento del insigne actor cuyo nombre acabamos de escribir, produjo, no solamente en Madrid, sino en todas partes donde era conocido, un verdadero pesar, pues era Mario sumamente simpático, lo mismo como artista que



1875

y, en efecto, después de graduarse de bachiller y de comenzar los estudios del notariado, sentó plaza, siendo destinado á carabineros y pasando al poco tiempo á prestar servicio en la Dirección General de dicho cuerpo.

Pero ni le halagaba á López Chaves el oficio de tabellón ni apetecía los laureles de Marte; lo que le gustaba y le había gustado siempre, desde niño, era representar comedias. Pudo, pues, matricularse en el Conservatorio (1854), y hubo de escuchar los consejos de Luna, que se empeñaba en que dejara aquello, pues no servía; López Chaves no quiso seguir, sin embargo, los avisos del ilustre cómico, y alentado por el no menos ilustre Guzmán, continuó estudiando y representando comedias en los teatros de aficionados. En una de esas funciones le vió un día el célebre Eguilaz, á la sazón empresario del teatro del Príncipe, y le contrató, adviniendo lo que valía y habría de valer.

Entonces fué cuando el señor D. Diego Luque,—especie de *desdoblamiento* de Eguilaz,—le aconsejó que cambiara su nombre de López por otro más altisonante, y de ahí que adoptase el de *Emilio Mario*, sin duda para que se le creyese pariente del célebre tenor *Mario*, con lo cual se perdió que se le

pudiese, en lo futuro, suponer deudo de D. Claudio López, ó del general López Domínguez, infinitamente más conocidos luego en España que no el otro.

Estrénose Emilio Mario en el Príncipe perteneciendo aun al ejército, por lo cual tuvo que pedir permiso; trabajaba entonces con Fernando Ossorio, como actor cómico, hasta que en 1861 pasó á formar parte de la compañía de Julián Romea, á cuyo lado permaneció hasta el fallecimiento del grande actor, en 1865. Y aquí es de decir que durante esos cuatro años



1880

alcanzó Mario poquísimos aplausos, por la sencilla razón de que, á pesar de tratarse de *un Romea*, el teatrillo de Variedades, en el cual trabajaba aquel, estaba poco menos que desierto siempre.

Figuró luego Mario en la compañía de Teodora Lamadrid y Victorino Tamayo; pasó después á

la Habana (1870) con Arjona y la insigne actriz antes citada, y en 1875, de regreso de Cuba, sentó sus reales como director de una compañía de *comedia cómica*, en el recién construido teatro de la Comedia, propiedad, por cierto, de otro López (D. Silverio).

Bien puede decirse que fué aquel teatro durante diez y ocho años un plantel de actores; allí se formaron Lola Fernández (que desertó del teatro de Arderius para dedicarse á la comedia), María Tubau, María Guerrero, Elisa Mendoza, Carlota Lamadrid, Eloisa Gorri, Julia Martínez, Pepita Guerra, Matilde Rodríguez, Carmen Cobeña, Sanchez de León, Ortega, Thuillier, Cuevas.

Había comenzado Mario por representar papeles de

gracioso, pero luego se echó de ver que era un galán cómico y, sobre todo, un característico de primera fuerza. Era tan guapo como elegante, y por muchos años hubo de ser el *figurín* que copiaban los muchachos más *chic* (como se decía entonces)



D. EMILIO MARIO EN 1898

de la coronada villa. Como empresario no quebró nunca, y lo mismo si ganaba que si perdía (aunque rarísima vez hubo de perder, si es que perdió alguna), pagaba siempre á tocateja.

Hizo por el Arte lo que no ha hecho nadie, pues fué el que substituyó el frívolo juguete cómico por *la alta comedia*, y de ahí al drama. Todos recordarán por otra parte, el esmero con que ponía las obras en escena, novedad extraordinaria en nuestras tablas; Mario fué el primero en hacerlo así, y obligó á los demás á que lo hicieran también, por más que no haya habido quien se le

acercara ni de mucho en este concepto. Edificado por el desatino de Luna al aconsejarle que dejara de pensar en ser cómico, se esforzaba en sacar

partido de las facultades de cuantos trabajaban bajo su dirección, por modestos [que fueran, y más de uno no hubiera llegado donde se halla hoy á no ser por la infatigable paciencia del excelente maestro.

El entierro del ilustre actor revisti6 los caracteres de una imponente manifestación de cuantos habían admirado á Mario como artista, queriéndole como amigo ó respetado como maestro.

¡Descanse en paz!



CONDUCCIÓN DEL FÉRETRO

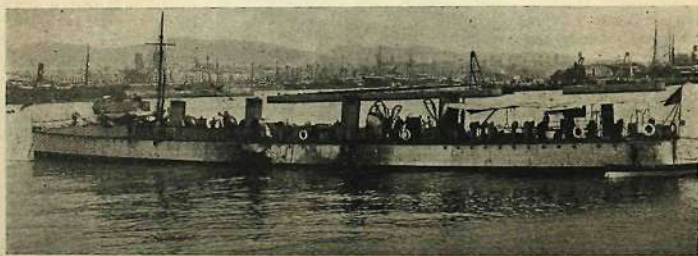


EL COCHE FÚNEBRE



CARRUAJE CON CORONAS

MARINA REAL INGLESA



CAÑONERO TORPEDERO «POLYPHEMUS»



—¿SERÁ VERDAD?

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIA

Seguimos asándonos lenta, pero continuamente, y pasando toda clase de sudores: los causados por el astro del día, los que nos produce el temor de ser visitados por la peste bubónica y los que nos ocasiona la perspectiva de que llegará septiembre y habremos de comprar las cédulas personales con arreglo á una Tarifa que no parece tal, si no Trafalgar del bolsillo ó Guadalete de las últimas monedas que los ciudadanos de la condaal hemos conseguido salvar de las pecadoras manos de los ingleses que no son de Inglaterra.

A propósito de ingleses: nuestro puerto ha recibido en su amoroso seno, el sábado pasado, al torpedero *Griffon*, y dos días después al cañonero-torpedero *Poliphemus*, ambos pertenecientes á la marina de la Gran Bretaña. El *Griffon* ha salido para Palma, llevándose la correspondencia destinada á la escuadra de su país, y es posible que esté de regreso cuando vean la luz estas líneas. Mientras los ingleses no se nos lleven más que su correspondencia no hay nada que decir y hasta se les puede dar la bienvenida; pero yo confieso que siempre me



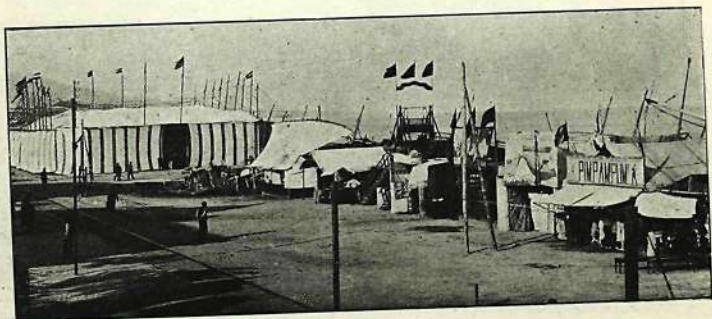
DEFSPEDIDA DEL ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

han tenido escamado y que las escamas me han crecido desmesuradamente de algún tiempo á esta parte. Esperemos, no obstante, que todavía lograrán comprimirse y darán tregua á sus hábitos, á esos que, según la fábula, fueron causa de que Júpiter volviese hormigas á unos cuantos hombres, y que, según yo, cuando el dios grande vió que no le había servido de nada el terrible castigo, motivaron, por su persistencia, una nueva transformación tan infructuosa como la anterior: la de las *aprovechadas* hormiguitas en anglo-sajones.

Hablemos de otra cosa. Como la precisión de insertar grabados que hubieran perdido, sino su importancia, su actualidad, hizo que en el número anterior no pudiera echar mi acostumbrado cuarto á espadas, me fué imposible consignar el hecho de la llegada á nuestra ciudad y su embarque el día once para sus respectivos destinos, del arzobispo de Buenos Aires y



EL EMBARCADERO



EL ENTOLDADO

Ayuntamiento de Madrid

los obispos de Tucumán, Salta y Santa Fe, de la Argentina, todos los cuales fueron conducidos á bordo del vapor italiano *Norte América*, por dos chalupas de la Trasatlántica y despedidos por numerosa y distinguida concurrencia.

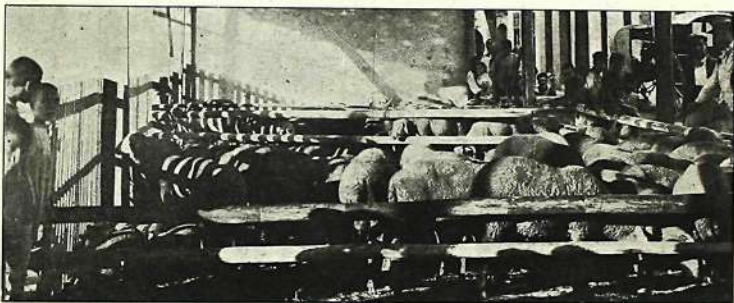
Descoles feliz viaje... y desearía hablar de otras cosas, pero me falta espacio. ¡Pícaros grabados!

EDUARDO BLASCO

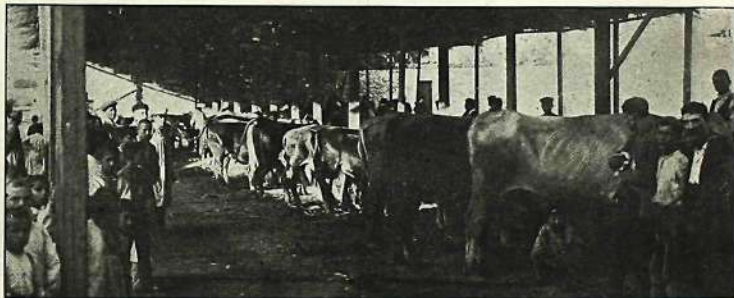
FIESTA MAYOR DE BADALONA



FERIA CONCURSO.—GANADO CABALLO



FERIA CONCURSO.—GANADO LANAR



FERIA CONCURSO.—GANADO VACUNO

Ayuntamiento de Madrid

LA ÚLTIMA CERNECURA



Ayuntamiento de Madrid



F. Sarrá Castañón

CASCABELES

¿Que por qué Pedro Galindo, por mal nombre *Cascabeles*, hubo de lanzarse una mañana de estío, á todo el galopar de su jaco tordillo por el camino que conduce desde Ardales á Febras, retaco al arzón, canana al cinto, la cara capaz de darle un susto al más curado de ellos y dispuesto á eclipsar el recuerdo de aquél de quien el pueblo andaluz hubo de decir:

«Ya murió José María,
el que á los ricos robaba
y á los pobres socorría.»?

Pues, señor, antes de nada justo es hacer presente que maldita la vocación que mostrara el ya famosísimo *Cascabeles*, antes del día en que lo sacamos á relucir, á andar á salto de mata, de zarzal en zarzal y de huronera en huronera, jugándose la vida al esconder con los del tricrornio, gente toda de maías pulgas y de peores procederes.

Mas como los que vivimos bajo las estrellas tenemos todos y cada cual trazada en el pícaro mundo la buena ó mala veredita por donde hemos de seguir hasta que le dé la repotente gana á la suprema sabiduría; ocurrió que cuando más á gusto iba nuestro mozo, que mozo era y de gallardo talle, en el machito de su vivir á gusto, hubo de cruzársele en el camino Juan Chicano el *Castoreño*, un prócer de la benemérita, jefe del puesto, buen mozo, valiente y con las tripas, según decían, más negras que el hollín, que el humo de pez y que las alitas del cuervo.

Pocos días hacía que el *Castoreño* andaba metiendo en cintura á los cazadores furtivos y á la gente de mal vivir del partido, cuando una mañana quiso su mala ó buena estrella que se topara por primera vez, á la salida del pueblo, con la *Clavelones*, la moza más juncal de las de humilde prosapia del partido, moza con quien andaba el *Cascabeles*, según era público y notorio, en peligro de casamiento, y la cual iba aquella mañana tirando tiros de buena moza, corto el encarnado refajo que dejaba ver el principio de la tal vez demasiado robusta pantorrilla; astillando el seno en el oscuro corpiño, casi desnudos los brazos, fuertes, redondos y morenos; cuidadosamente peinado el negrísimo pelo, relampagueantes los magníficos ojos, rojos y húmedos los gruesos labios, encendida la tez, lento y gallardo el andar, y llevando lo más airoso del mundo al cuadril el enorme cántaro del agua.

Al *Castoreño*, se le rompieron algunos hilvanes de los ojos al toparse con hembra de tanto rumbo, entornó los párpados, paróse en firme, apoyó la mano izquierda en la empuñadura del sable sesgando á lo galán la apuesta persona, y dijo:

—¡Vaya si es lástima que una mujer tan regraciosa vaya á lastimarse esa cinturita que es un torzal con ese cántaro, que no es cántaro, sino el aljibe del Peñón de la Gomerá!

—¡Qué lástima!—exclamó ahuecando la voz y abriendo extraordinariamente los ojos en son y con aire de mofa la *Clavelones*.

—Lo dicho está dicho, salero, y por la salucita mía que como me vuelva usted á mirar de ese modo

con esos dos charranes que tiene usted en la carita morena, me la llevo á usted al cuartel y la meto en un calabozo, y la pongo á usted á pan y agua y con mi persona por carcelero.

—¡Camará, y en que trabajera quíe meterse su mercé!—exclamó irónicamente el *Cascabeles*, que acababa de llegar sin ser visto.

A la *Clavelones* le amarilló la cara, y el *Castoreño*, engallando la apuesta figura, enareando las pobladas cejas, dijo al *Cascabeles*, mirándolo con ira mal disimulada:

—Para hablar conmigo lo primero que tienes que hacer es quitarte el sombrero y el ronzal y la baticola.

—Su mercé perdone, yo no sabía eso, y como no lo sabía ¡velay osté! ¿Verdá, tú, mi morena?

Y al decir esto *Cascabeles* miraba á su hembra con la sonrisa en los labios y el despecho en los ojos.

—No oyes, tú, zángano, que á mí no me mires tú asina, poiqué no hay de qué, poiqué yo no tengo la culpa de que los tontos se asolbianten ni de que los zánganos se arrimen á las cornenas; estás, tú, con que asina, ya que has venío, á coger er cantaro y ajorrame fatigas.

—Pos osté perdone, señó Juan, pero no pueé ser eso de meter ahora mesmo á esta clavellina en el calabozo, poiqué tieé mucho que jacer la probe, y si la mete osté en er calabozo quién va á darle un trago á las criaturitas cuando las tenga, que las tendrá, si Dios quiere, y osté mos da su premissio.

Y al decir esto seguía *Cascabeles* sonriendo y con los ojos llenos de relampagueos.

El de la benemérita estaba lívido y tembloroso; tuvo un momento en que pensó realizar con el intruso la más brutal y grande de sus hazañas; pero felizmente logró echar los frenos automáticos de su voluntad á su potente cólera, y

—Bueno, hombre, si tiene tanto que hacer no es cosa que yo me la lleve,—dijo con acento trémulo.

Y dando media vuelta, se alejó rugiente de ira por el polvoriento camino.

—¿Qué sus ha pasao con er cabo que va que parece que le ha picao la tarántula?—preguntó á los enamorados, al llegar junto á ellos, el tío *Campeche*.

—Pos, ná, que quería jacernos una estorción, quería llevarse á ésta al cuartel, á un calabozo, ¡por vía er cabo y der calabozo!, ¡tío *Campeche*, á un calabozo!, en fin, vámonos á la fuente, mi morena, á ver si con el agüita clara se me refresca la sangre.

Algunos días después decía el tío *Campeche* en el casino á varios de la flor y nata del pueblo: —Pos, sí, señó, lo que sus digo, er cabo sa pensao que toicas las tierras son de pan sembrar, y argunas y argunillas le van á salir de secano.

—Pueé ser, pero que se vaya er *Cascabeles* con cudiao, poique el *Castoreño* es más bruto que una yunta y más malo que un tiro y con más púas que los arcasiles,—exclamó el Sr. Cristóbal el *Cartulina*.

—Pos con toas sus púas y sus galones y sus reminton y sus fantasías, quisiera verlo yo solo, pero solo de verdá, con *Cascabeles*, que tieé er *Cascabeles* más abajo que encima, y cuando le tientan ar mozo er jato mira con un que sé yo entre las pestañas que jace mar de ojos y pone mal sabor en la boca y pone er pelo de punta.

—Güeno, allá se verá como arrematan estas esaboriciones, que poco ha de vivir quien no lo vea, poique argo ha de ocurrir, poique ninguno de dambos tordos deja el olivar, y asina anda la *Clavelones* jechando er pueblo abajo con el rumbo de su presona y dándose más tono que la princesa de Asturias.

Cuando la tremenda noticia llegó al pueblo estaba en el casino lo más selecto de la holgazanería, gente empedernida en el *cuelo* y en el *tute*, y todos ellos hombres de pro y de provecho, como lo eran nuestros ya conocidos tío *Campeche* y el Sr. Cristóbal el *Cartulina*.

Era aquella una hermosa mañana en que el sol hacía yesca los campos andaluces, en que el cielo fulgía con su azul más intenso, en que estaba lleno de transparencia el ambiente y en que la perspectiva parecía como aletargada entre caricias de fuego.

—Er *Cascabeles* acaba de jaser serrín de corcho al *Castoreño* y de partirle un alón al guardia *Malá-*



sangre,—gritó, penetrando como una bomba en el casino *Toñuelo* el *Nebrijano*, el del lagar del *Negrete*.

Todos los jugadores quedáronse con la carta en alto, y el tío *Campeche* exclamó mirando con aire triunfal al Sr. Cristóbal el *Cartulina*, y asestando en la mesa un puñetazo digno del mismísimo Milón de Crotona ó de Julián el *Manganote*;

—Si ya lo ícía yo, si tenía que arrematar asina, si er cabo estaba pidiendo á voces su merecio, si no jacia más que decir que iba á jacer á *Cascabeles* barniz de brocha y rquesón, y jasta esperma de balleana; si ar *Cascabeles* le viene de raíz el ser macho, si su difunto padre, que en gloria esté, era más duro pa pelear que una jerriza en verano.

—¿Y lo has visto tú, *Toñuelo*?—preguntó á éste el *Cartulina*, mientras todos los concurrentes formaban corral al rededor del recién llegado.

—¿Camará, que si lo he visto? Lo mesmito que sus estoy viendo á ostedes, y por una casolidá, camará, y qué moo de arrempujar con el jierro er de los mozos.

—¿Y cómo fué, hombre, cómo fué la cosa?

—Pos, verán ostedes, estaba yo en lo arto de la Umbria de la *Peralera*, poique como los olivos han cargao ogaño trepanillo, y en la Umbria tenemos un puñao que vale un Potosi...

—Acaba, hombre, acaba, y éjate de olivos y Potosies.

—Pos güeno: como dende allí se ve medio mundo y el otro medio y jasta la estrella polar, yo vide ar *Cascabeles* que venia como de los manchones del tío *Gazpacho*, cuando de güenas á primeras se dió de cara, en el recóo de las lindes der *Chumberal* con el cabo *Castoreño* y el guardia *Malasangre*, que venían de romperle un hueso der lomo á Joseíto *Cantuera*, el del cortijo der *Manzano*.

—¡Y no acabarás, mardito! ¿Y qué pasó?

—Pos ná: que er *Cascabeles* jabló con er *Castoreño*, y er *Castoreño* con el *Malasangre*, y que éste se asentó á la vera der camino, y los otros se jueron á la esparda de un repecho, y er cabo sortó la carabina y se arrancó los galones, y él y er *Cascabeles* metieron mano al jierro, y tó esto sin resollar siquiera como si tuvieran mucha priesa, y corte va y corte viene, y aquí sarto y allí me encojo, y toma y daca, á los dos menutos, ¡patapiñ!, ar *Castoreño* le entró hipo y cayó patas arriba, dando al aire los respuntes de las entretelas.

—¿Y el *Malasangre* qué jacia?

—Pos el *Malasangre* debió comerse argo de la partía, poiqué á los dos menutos también se adelantó, cogió el repecho, y al asomarse y ver algo indispueto ar cabo, se tiró la carabina á la cara, y ¡vaya un mosquito jaciendo punterial, si no se encoje er *Cascabeles* á estas horas está más tieso que er del tri-



cornio; pero como se encojó y como además tieé mar pursó que *Curritaco* er de Tebas, se tiró el reminton der difunto también á la cara y ar *Malasangre* se le encojó un alón y... se acabó mi cuento.

Y diez minutos después allá iban en tropel casi todos los habitantes de Ardales, como en alegre romería, hacia el cortijo del *Chumberal*, por la polvorienta carretera, bañados en sol deslumbrado la retina, embalsamados los pulmones con olores de tomillos y de retamas y entonando un himno á la grandeza de corazón del ya famosísimo *Cascabeles*.

Y ya saben nuestros lectores por qué motivo éste iba una mañana á todo el galopar de un jaco tordillo retaco al arzón y canana al cinto, por el camino [que conduce á Tebas desde Ardales, dispuesto á eclipsar la gloria de aquel de quien aun el pueblo andaluz suele cantar en sus momentos de entusiasmo:

«Ya murió José María,
el que á los ricos robaba
y á los pobres socorría.»

ARTURO REYES

EL PROCESO DREYFUS



EL CAPITÁN DREYFUS

Nos guardaremos bien de venirle á contar al lector lo que de sobras les habrán metido por los ojos los periódicos nacionales y extranjeros respecto á la *cuestión Dreyfus*. Baste con esos grabados referentes al asunto.

Sin embargo, algo desearíamos decir y no queremos que se nos pudra dentro, y es que en Francia se están dando unos espectáculos casi tan españoles como sus *courses aux taureaux*. También allí se quiere que no haya responsabilidades para los peces gordos, y nadie se atreve á procesar á los que tramaron la intriga inicua de que es víctima el honrado y noble capitán Dreyfus; también allí hay figurones que no se deciden á levantarse la tapa de los sesos ó cortarse el cuello, excepto el teniente coronel Henry, que no era más que un instrumento; también allí hay P... y B... bajo la especie de los Lebon (¡cáspita si llega á llamarse *Le mauvais!*) también allí hay consejos de guerra en que no se le permite defenderse al acusado, como está haciendo con Dreyfus el coronel Jonaust, artillero él, pero que no hubiera de seguro inventado la pólvora á lo que se ve.

Y en otro orden de consideraciones también en Francia padecen de dolorosas *evacuaciones*, como la de Fachoda; cuestión de no contar con material naval bastante para tenérselas tiesas con el leopardo inglés. Parece en efecto, que con todas aquellas escuadras que nos dejaron *patidifusos* al presentarse en Cádiz y Barcelona no hay ni para empezar si estallara una guerra con la insolente Albión. *Toujours on n'est pas prêt*.

¿Y qué decir del estado moral de la república vecina? ¡Cuánto rebajamiento! En lugar de la guillotina de Luis XVI, de la máquina de Fieschi ó de las bombas de Orsini, criminales y horrendos atentados pero *dignos*, por decirlo así, de la categoría de la víctima, el bastón de caña del barón Cristiani y las balas infames que han herido por la espalda á Labori. En lugar de una Vendée ó de un 2 de diciembre, el ridículo conato de aborto de intentona de Deroulede y el grotesco mitó del casino de los patriotas, con Julio Guérin allí dentro resuelto, no á morir en la brecha, sino á imitar á los *concièrges* cuando no quieren dar *cordon*. ¡Bueno está aquello!



DREYFUS ANTE EL CONSEJO DE GUERRA DE RENNES

POLÍTICA DECADENTE

(CUADRO DE COSTUMBRES)

I

Conversación que sostienen varios chicos de la prensa con un personaje, dentro del salón de Conferencias.

—Díganos, D. Homobono, ¿cómo opina? ¿Cómo piensa de la situación política?

—Que se enreda la madeja.

—Es decir que usted no apoya al gobierno. .

—La derecha quiere imponerse, y es lógico que los hombres de la izquierda fieles á nuestros principios levantemos la bandera que en el centro del arroyo nuestro ilustre jefe deja. La crisis nadie la evita.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!

En el próximo Consejo de seguro se plantea, porque cada consejero opina de una manera diferente.

—Hay mar de fondo.

—Cierto, el patio está que quema.

—La situación se derrumba

—¡Buena se prepara, buena!

—De modo, D. Homobono, que en vista de las tendencias retrógradas del gobierno usted de prestarle deja su apoyo.

—Se lo retiro.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!

Salúdante afectuosos los *reporters*, y se alejan contentos como unas Pascuas, en direcciones diversas. á redactar la noticia que por la noche la prensa con sabrosos comentarios publica, aplaude ó reprueba, y que causa sensación en elevadas esferas.



II

A la siguiente mañana consecuente con la idea de desmentir las noticias que á los ministros molestan, la prensa subvencionada se expresa de esta manera:

«No es cierto, como dijeron anoche algunos colegas, que el consecuente hombre público D. Homobono Veleta retire á la situación el apoyo que le presta.»

Y dos líneas más abajo publica la misma prensa, sin darle gran importancia, esta noticia estúpida,

«La crisis surgida anoche quedó en seguida resuelta. Un ministro que sostiene las tendencias de la izquierda presentó su dimisión, y aceptada que fué ésta por el jefe del gobierno, se encargó de la cartera vacante, el ilustre prócer D. Homobono Veleta.»

III

Por deber profesional varios chicos de la prensa reunidos en un corro se expresan de esta manera:

—¡Vaya con D. Homobono! ¿Quién imaginar pudiera que un hombre tan respetable y que de serio se precia, procediera de tal modo!

—Puede mucho una cartera.

—Yo no quedo mentiroso.

—Yo no me muerdo la lengua.

—Yo en la edición de la noche le pongo de vuelta y media.

—¿Y usted?

—Yo me ratifico,

porque la noticia es cierta.

—¡Vaya con D. Homobono!

—¿Dónde está su consecuencia?

—¿Y eso es ser un hombre público?

—Eso es ser... ¡detente, lengua!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



EL BACHILLER DE LAS VIRUTAS

(CUENTO TRASCENDENTAL)

En las postrimerías del reinado del cuarto de los Felipes, una formidable tempestad había sembrado el espanto y la ruina en el honrado cuanto humilde lugarejo de Rineconeja. Los patriarcas centenarios de aquella comarca no presenciaron desolación mayor, ni habían oído referir otra semejante á sus ascendientes.

Como probanza irrecusable de tan horrorosa catástrofe, mostraban los lugareños el enorme tronco de un castaño que yacía en la plaza del Concejo. El *Abuelo*, le llamaban, por la longebidad que había alcanzado. Más de cien generaciones habían gustado sus frutos y refrigerádose á su extensa sombra, y no celebrábase fiesta, feria ni romería, de la cual no fuera testigo el vetusto coloso.

Herido de muerte por el rayo, abatió su majestuosa copa, y los aldeanos, después de mutilar las corpulentas ramas y de tajar las potentes raíces, diéronle por honrosa tumba la plaza del Cabildo. Un sentimiento de respeto, rayano en veneración, guardábalo de los acerados dientes de la sierra y de los ruidos golpes del hacha.

Aconteció un día, á poco de rayar el alba, que se apareció en la plaza del Concejo un bachiller, y, acercándose al castaño, comenzó á mensurarlo con proligidad y á anotar apuntes en un papel, corriendo de la una á la otra punta, parándose, á veces, meditabundo, y gesticulando y accionando, como si con alguien hablara.

Diéronse cuenta los vecinos de tan extrañas maniobras, y pronto se supo en todo el lugar el acontecimiento, que de tal podía calificarse, dado que Rineconeja era pueblo tan á tras mano y fuera de todo camino, que no lo visitaban más forasteros que las cigüeñas y las golondrinas.

Asomáronse cazarramente por postigos y ventanas los lugareños, comentaron el suceso los primates y conspicuos y, puestos de acuerdo, convinieron en interpelar al bachiller.

Respondió éste con frases rimbombantes, que él era el bachiller Hernán Pérez de Ribaraja, más conocido por el *escultor sagrado*, á causa de dedicarse, hacía ya algunos años, á la talla de imágenes, en cuyo arte era tan diestro y hábil, como famoso en todas las cortes de Europa; que, sabedor de la existencia de aquella pieza ejemplar, víctima del rayo, y teniendo noticia de que la iglesia del pueblo carecía de una imagen de San Cristóbal, su patrono, digna de tan excelso santo y de la hidalga tierra que patrocinaba, habíase resuelto á visitar el humilde lugarejo, para ofrecerle sus servicios, desatendiendo encargos que apremiantemente le hacían cabildos de santas catedrales, próceres de otros reinos, é ilustres y ricas cofradías, y llevado también del amor en que se encendía su pecho, por ser Rineconeja cuna del más egregio de sus antepasados.

Acogieron los parlamentarios con muestras del más delirante júbilo y regocijo las proposiciones de bachiller, tanto más halagüeñas para ellos, por cuanto los del pueblo vecino, habían *estrenado* en la fiesta mayor de antaño, una imagen de San Roque, su patrón; mostrándose por ello tan ufanos y fantasiosos, que habían provocado más de una colisión en que salieron mal heridos no pocos de los contendientes de ambos bandos.

Harto sabía esta circunstancia el avisado, marrullero y farsante bachiller, y, contando con el éxito, había acometido la empresa, con la bizarria y denuedo que el hambre infunde.

—Yo no exijo soldada alguna, ni un solo maravedí por mi obra,—exclamaba fanfarronamente el bachiller en la plaza, ante numerosa concurrencia,—que si fuérais á remunerarla á tenor de lo que me pagan obispos y magnates, quedaríais más pobres que os dejó la tempestad pasada. Por amor al arte y á este bendito pueblo, que fué patria de mis ilustres y más remotos abuelos, realizaré una maravilla de escultura, tan sólo por la pitanza y por un lecho mullido y zahumado, donde reposen mis huesos. En cuanto á herramientas, bástame una sierra, una hacha y una garlopa. Otrosí, pido,—continuó el taimado bachiller, interrumpiendo las exclamaciones de alegría á que comenzaba á entregarse el concurso, presido por el rector,—que habéis de transportar el castaño á los claustros bajos del convento que ha poco abandonaron los padres jerónimos, sito extramuros, y que, so pena de perder la vista, no oséis curiosear por ventanales ni rendijas mi labor.

Constituyóse el señor cura en garantía de esta formal promesa, y acto seguido celebróse la feliz llegada del escultor, con gaudeamus y bailes y repique de campanas.

Holgábase el tuno del bachiller de su venturosa suerte, y antes de encerrarse en el convento, ya habíanse cubierto sus huesos y trocádose la palidez de su rostro en colores de salud y de satisfacción, pues los de Rinconeja lo traían y llevaban de merienda en cena y de alborque en comida, todas regadas copiosamente con el selecto mostillo de la tierra. Y decimos antes de encerrarse en el convento, porque duró como obra de romanos, el acarreo del mamotreto y la instalación del mismo, conforme á las minuciosas instrucciones que daba el muy bellaco.

Dos meses largos habían transcurrido, desde que el artista dió comienzo á su maravillosa obra, y los de Rinconeja ardían en impaciencia por saber cómo iba el trabajo, y tras larga deliberación, resolvieron designar al señor cura, para que interrogara al bachiller.

Respondió éste que la escultura sería digna del cincel de Miguel Angel y que para desembarazar el taller era necesario que mandaran algunas carretas para retirar la enorme cantidad de virutas que lo invadían. Al día siguiente, Hernán Pérez de Ribaroja, tomadas las convenientes precauciones para librarse de miradas indiscretas, vertió por una de las ventanas bajas del convento tal cantidad de virutas, que los mozos abarrotaron hasta seis carretas de las más anchas de batalla.

Transcurrieron dos meses más y volvieron á interpelar, con circunloquios, al bachiller, y tornóse á la extracción de virutas, tantas, que causó el asombro de cuantos las vieron, que eran todos los vecinos de Rinconeja. Iba pasado más de medio año, cuando, por indicación del escultor, reunióse el concejo, y ante éste expuso, después de largo exordio y no pocos ambages, que por efecto de haber tomado mal las medidas, habíase malogrado su empresa, que no *saldría* el San Cristóbal, pero si, en cambio, el niño Jesús que el santo debía llevar sobre el hombro, cuyo niño resultaría de tal belleza, que sería fiel trasunto del que se complacía en honrar los propios brazos de San Antonio de Pádua.

Mohinos y cegijuntos quedaron los lugareños, refunfuñó el alcalde, entristecióse el cura y todos en. tibiáronse en sus alegrías; pero el bachiller los aplacó con zalemas y deslumbadoras promesas, y al cabo de dos meses pidió más carretas, para extraer más virutas! Por dos veces repitióse aun la faena del acarreo de virutas: que no parecía sino que en el convento se habían desbrozado todos los árboles de la dehesa de los propios. Perdieron la paciencia los aldeanos, y sospechando vehementemente que eran objeto de una burla, reunieron, con muestras de mal humor, en torno del bachiller, el cual, con sin igual desparpajo, confesó que también se había equivocado en las medidas del niño Jesús; pero que no por esto entendieran que se había perdido todo.

—Estoy á punto de terminar,—dijo,—un magnífico mortero, para hacer gazpacho, ¡con su maza y todo!

A los pies de la iglesia de Rinconeja, reposan, hechos cuartos, los restos del bachiller Hernán Pérez de Ribaroja, *el de las virutas*; porque los rinconejeros lo *lyncharon*. ¡A cuántos de estos bachilleres habría que *lynchar* en los actuales tiempos! Porque el tal bachiller, dejó numerosa descendencia...

RAFAEL CHICHÓN

Ayuntamiento de Madrid





AL AGUA, PATOS!

VALENCIA: EL CABAÑAL



PUERTO DE VALENCIA



MERENDEROS EN LA PLAYA

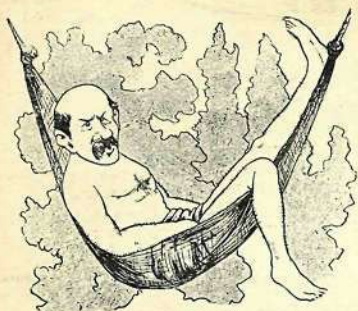


BARRACA EN LA HUERTA



MERENDERO EN LA PLAYA

EL CALOR Y SUS CAUSAS, por Verdugo



1. Rodríguez se pasa el verano poco menos que en cueros, y ni aun así puede librarse del calor que le aqueja.



2. Pérez no sale del baño en todo el día, y a pesar de esto, el calor le agobia también.



3. Gutiérrez se somete a una ducha cada media hora, y ni por esas logra refrescar sus carnes.



4. Gómez no se alimenta más que de horchata de chufas, y el calor le asfixia, sin embargo.



5. González duerme la siesta sobre una placa de zinc rodeada de bloques de nieve, y su temperatura no baja por eso de 140 grados y pico!



6. Y es que estas cinco señoras, esposas de Rodríguez, Pérez, Gutiérrez, Gómez y González, respectivamente, hacen sudar a sus infelices cónyuges la gota gorda.

EPITORIA

D. Cirilo, que tiene un miedo horrible á la muerte, cae gravemente enfermo.

—Lo que me preocupa,—dice al doctor,—es que voy á entrar en este mes en los setenta y nueve años.

—¡Bah! No se preocupe usted por eso; lo que va usted á hacer es salir de ellos.

Hace unos grandes calores que presagian mil horrores. Es cosa que da pavor lo del cupón exterior. Por algo el buen perro ladra y ha venido aquí una escuadra. De Gales viene Galicia, dicho sea sin malicia.

Un estudiante que no tenía un cuarto y necesitaba pasar un río, dijo al barquero.

—Buen hombre, no tengo dinero; pero si me pasa usted en la barca le daré un consejo en cambio que vale mucho dinero.

—¿Mucho?

—Bastante.

—Entre, entre, muchacho, y veremos ese consejo.

Pasó la barca, y cuando el muchacho se vió en la orilla opuesta, dijo al barquero:

—El consejo que puedo darle, buen hombre, es que si quiere vivir de su trabajo, no pase á ninguno gratis como á mí.

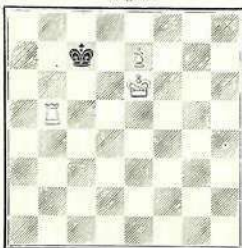
Un norteamericano, deseoso de medir los grados de mérito que tiene el ser elocuente, hizo varios experimentos con negros, resultando que nada es más fácil que convertir á éstos en Demóstenes y Cicerones tan arrebatadores como el que más.

Ya nos teníamos tragada esa convicción: la oratoria es un arte de los más inferiores y es lo más fácil del mundo contando con unos buenos

Problema de ajedrez núm. 8

POR C. M.

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en tres jugadas

pulmones y un poco de verbosidad conquistar una cartera ó ser jefe de partido ó idolo de las masas.

Nada tiene que ver la cháchara con el talento.

UNA CIUDAD ELÉCTRICA

Gana el *record* en punto á aplicaciones de la electricidad la ciudad de *Great Falls* (Grandes Cascadas) en el Estado de Montana (Estados Unidos). Carros y coches no son solamente movidos, sino calentados por la electricidad. prensas, elevadores, grúas y máquinas de toda suerte están accionadas por ella también. Allí se ven máquinas para cavar la tierra, para romper las piedras, para sacar agua, etc., movidas automáticamente por la fuerza eléctrica.

Por la electricidad están calentadas las cocinas de los restaurantes; de ella se sirve el tablaero para cortar la carne y el cafetero para tostar su café. En las casas particulares funcionan por medio de la electricidad los hornillos, las planchas, los moldes para cocer los pasteles y las tortas, todo á precio mí-

nimo, pues la fuerza está proporcionada por las cascadas.

PARA LIMPIAR LAS PIELES

La zibelina, la chineilla y la ardilla se limpian con salvado, que se pone á calentar en una cacerola muy limpia, meneándola mientras se calienta, á fin de impedir que se queme.

Con este salvado caliente se frota los pelos de las pieles, durante un rato, y después se sacuden y cepillan para desalojar el salvado.

CHARADA

Primera cuarta da el nombre á que se une, el primer puesto; *dos* lo que un día aprendi de doctos sabios maestros; *dos cuarta* vivo, aldeaño con que dividí y reservo *dos* propiedades lindantes, que es barato, árbitro y medio; *tres tres* tres zambra, alboroto de voces, gritos, reniegos que mueven, sin ton ni son, muchos ó escasos sujetos. Llamarán *todo*, de fijo, á quien quiera que el sendero siga, que marquen las reglas de un partido ó secta nuevos.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

SORC

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior
Charada.—Candidato.
Jeroglífico comprimido.—Roman ceto.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITRERARIA. * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid